



Ángel Rufino Garrido Herrero

(1.10.1927 – 15.3.2016)

Maestro y guardián del saber antiguo

Hace ya más de ocho años que en uno de los muros del Aula Didáctica Antonio Blanco Freijeiro, en la Universidad Autónoma de Madrid, cuelga un panel cuyo texto dice así: *“En la transición entre los siglos y hasta bien entrada la segunda mitad del XX, el mundo académico español despreció la investigación sobre Oriente. Sin embargo, la ciencia filológica e histórico-arqueológica oriental fue conservada y transmitida por una larga cadena de sabios, en su mayoría sacerdotes, que en su modestia desdeñada fueron dueños todos de un saber enciclopédico. Ubach, Pereyra, Peñuela o Garrido entre otros, cuyos conocimientos excedían en mucho a la mera exégesis bíblica, fueron pasando la antorcha hasta dejarla en manos de unos jóvenes que, entre los años setenta y ochenta empezaron a abrir caminos en Oriente. Ellos fueron, desde luego, verdaderos custodios del saber en tiempos difíciles”*. Junto al texto, cuatro fotografías recuerdan a los ya fallecidos tiempo atrás: Buenaventura Ubach (1960), Max-Luis Aldrey Pereira (1963) y Joaquín María Peñuela (1969). Desgraciadamente, el cuarto y último de aquellos legendarios maestros y guardianes del saber antiguo, Ángel R. Garrido Herrero, acaba de dejarnos. Murió en Madrid el pasado 15 de marzo, en la madrugada de una primavera que él ya vivirá eterna.

Don Ángel Garrido ha sido uno de los más completos semitistas de este país y, muy probablemente, de Europa, pero ajeno a la carrera académica y volcado en el servicio que la Iglesia le demandaba, se contentó con ser a lo largo de su vida un sencillo pero magistral docente de centenares, probablemente miles de estudiantes de lenguas clásicas y semíticas en diferentes instituciones académicas. Dotado del auténtico don de lenguas, el Arzobispo Don Leopoldo Eijo y Garay, decidido a formar buenos semitistas para el profesorado religioso de la Diócesis de Madrid, le instó a formarse en hebreo, árabe, siríaco y etiópico entre los años 1953 y 1963, bajo la dirección del entonces director del Instituto Francisco Suárez, del CSIC, el S.I. Joaquín María Peñuela: al tiempo, entre 1958 y 1961 cursó Lengua y Literatura Acadias en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, donde entre 1961 y 1964 realizó las licenciaturas de Filología Clásica y Filología Árabe. Al tiempo, fue dominando otras lenguas como el arameo, el copto y el sumerio sin contar, naturalmente, las lenguas modernas que dominaba, como el alemán, el inglés, el francés, el italiano y bastantes más cuya modestia le impedía señalar pero cualquiera pido comprobar junto a él en más de una ocasión.

Como docente, en su ministerio religioso fue profesor de religión en el Instituto Isabel la Católica (1957-1963): pero además, desde el año 1963 fue sucesiva o simultáneamente profesor de Lenguas Clásicas y Orientales en el Seminario Conciliar de Madrid, en el Colegio Diocesano de la Inmaculada y San Dámaso, en el Centro de Estudios Teológicos de San Dámaso, en la Facultad de Teología de San Dámaso y desde 1989, en el Instituto Diocesano de Filología Clásica y Oriental San Justino, donde se encargó de impartir acadio, hebreo, arameo, árabe, siríaco, copto y etiópico. También y como sucesor académico del Padre Peñuela, fue profesor de Lengua Acadia en el Departamento de Filología Semítica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, entre los años entre 1966 y 1981, año en el que una preclara iniciativa de los regentes de la facultad decidió liquidar esa enseñanza, justo cuando el antiguo Oriente empezaba a desarrollarse en distintas universidades y centros de investigación.

Porque precisamente, en aquellos años ochenta empezaron su ejercicio profesional no pocos de los que formados por él, con su labor en diferentes universidades o centros científicos como el CSI, han ido ayudado a convertir al Oriente Próximo antiguo a través de la Filología, la Historia Antigua o la Prehistoria y la Arqueología en una rama más de las ciencias de la Antigüedad. Y la Universidad Autónoma de Madrid le tiene un especial sentimiento de gratitud, pues nuestros primeros alumnos dedicados a Oriente se formaron con él en el estudio de la Lengua Acadia. Por eso en parte, pero por mucho más, en 1999 se le tributó homenaje en la revista *ISIMU 2*, un volumen que con el título *Ša tudu idū* fue auspiciado por el Instituto Diocesano de Filología Clásica y Oriental, del que fue *alma mater*, y por el Centro Superior de Estudios de Oriente Próximo y Egipto (UAM), cuyos estudiantes y profesores tanto le debíamos.

Para cuantos hemos sido alumnos de Don Ángel Garrido, para cuantos hemos aprendido con él las lenguas clásicas u orientales, su muerte nos deja un sentimiento cierto de orfandad. Porque era entrañable, porque era bueno, porque era un amable maestro de inabarcable sabiduría. Porque con su vida sencilla y entregada, con su ejemplar ejercicio de la enseñanza, con su benevolencia y comprensión supo mostrarnos mucho más que el dominio de lenguas difíciles y escrituras extrañas. Mucho más. Supo enseñarnos la serenidad evangélica de un verdadero discípulo de Jesús: porque él lo fue. Con su Maestro podrá ahora departir en su lengua aramea, verificando los giros de las parábolas y el sermón de la montaña. Y sin duda también lo hará en griego con su admirado Epicteto, en el corazón de las estrellas, en la noche eterna, por la que podrán ambos cruzarse con otros

dos amigos enfrascados en amena charla, el Pilato de la novela de Mijaíl A. Bulgákov y aquel Yésúa, a quien el romano tuvo que condenar y quiso vengar después, seguidos los dos por el correteo jugueteón de Bangá, el perro del Procurador de Judea. Don Ángel estará así distraído, feliz junto al Eterno del que fue ministro, y nos estará esperando a nosotros, los que fuimos sus estudiantes, para que hablemos con él, fluidamente por fin, en todas las lenguas que tan bien nos enseñaba, e incluso en las que no llegamos a aprender.

Joaquín María Córdoba